

# Unica mirando al mar

SERGIO ALFARO SALAS

Esta Navidad trajo a mis manos uno de los mejores regalos que pude imaginar: la novela de Fernando Contreras Castro “Unica mirando al mar”.

Califico el obsequio como uno de los mejores por su procedencia y por su contenido, su procedencia no es el objeto de este comentario, siéndolo más bien su contenido.

La novela nos hace llegar un complejo cúmulo de impulsos a nuestro cerebro, el cual es reducido por el sistema educativo al bulbo raquídeo únicamente.

El cúmulo de impulsos que nos comunica el citado libro se reduce a un concepto olvidado por la sociedad de consumo en que vivimos, el concepto de “conciencia”, que etimológicamente significa conocimiento.

El “conocimiento” o “conciencia”, trasciende la mera instrucción que se nos da en el transcurso de la “educación diversificada”, como se ha llamado de manera equivocada a un sistema educativo idiotizante; la conciencia significa el entender nuestro entorno social, económico, político, familiar y personal, y no solo eso, sino que la conciencia es instrumento para el desarrollo de todos esos aspectos.

El libro, amparado en el problema del vertedero de basura de Río Azul, pone al desnudo al costarricense, su sistema educativo, su sistema económico y su falaz sistema político.

La puesta en evidencia de nuestra nacionalidad causa una vergüenza aterradora en el lector, además de que expone a la luz pública la realidad circundante de manera jocosa en unos pasajes, triste en otros, convirtiéndonos a todos en actores de esta sátira reveladora de la realidad nacional.

Recuerdo de forma feliz a mi profesor de estudios sociales, don Bernardo Ramírez, quien, de manera equivocada unas veces y correcta las otras, pasaba los dos últimos años de la secundaria tratando de que los niños que iban creciendo entendieran cómo se movía el mundo, qué intereses guiaban a las fuerzas militares inter-

nacionales o llevaban a los políticos a las duras luchas que bregaban, las tendencias políticas mundiales; en fin, trataba de “hacer conciencia” en muchachitos tontos que en su ambiente familiar y escolar no tenían la oportunidad de oír tales afirmaciones e incógnitas; estas eran nuestras clases, los libros de texto eran como “Mamita Yunai” del célebre Calufa, y los programas del Ministerio de Educación no se cumplían... ¡Gracias a Dios!

De manera triste logré ver como la instauración del programa de pruebas de bachillerato fue acabando con la ilusión de este hombre por enseñar y como el obligatorio cumplimiento de un programa le quitó su esperanza en la educación, situación que lo llevó al final a un obligatorio retiro de las aulas de mi muy querido colegio, causando, a mi parecer, una pérdida irreparable en la institución y el país; ¡se lo tragó el pedagogismo propio del medio!

Basado en estas experiencias de mis cortos 24 años y en las consideraciones hechas anteriormente, creo conveniente, muy a pesar de mi poco conocimiento sobre letras, que este libro se integre al muy escaso paquete de obras de lectura obligatoria en los colegios del país; tal vez con ello podamos dar un paso para lograr el propósito que debe mover a la educación: la conciencia.

¡Bravo por Fernando Contreras, por ofrecernos una oportunidad sin par de darnos cuenta de que “en Costa Rica, esas cosas sí pasan...””. Con solo que un costarricense entienda el libro creo que el autor estará satisfecho de haber provocado un chispazo de conciencia en un ser humano.

Como corolario, solicitaría al autor que envíe, como obsequio de Navidad, un ejemplar de su libro a cada uno de los jefes de los supremos poderes de la república, creo que de su lectura podrán aprender más que de las universidades donde efectuaron sus importantes estudios.